

CORAZÓN EN PELIGRO

Fue a comienzos de octubre, después de un sueño extraño en el que las habitaciones de un hotel se estrechaban al mismo tiempo que las voces se hacían más etéreas.

Esa mañana encendió un cigarrillo, mientras preparaba el café, y cuando fue a apagarlo en el cenicero de cristal forrado de sellos, éste había desaparecido. Lo buscó por toda la cocina y no pudo encontrarlo.

El cenicero de cristal provenía de casa de sus padres, y aunque a su madre no le hacía ninguna gracia que él fumara, como lo había hecho su padre, no sólo lo asociaba a su progenitor sino también a una compañera del instituto, Sara, con la que había jugado muchos fines de semana a aplastar colillas y luego soplar fuerte los dos y enredarse en la ceniza. Sara no estaba el día en que, después de un temporal de lluvias torrenciales, la casa se inundó, y su madre y él apenas si pudieron salvar algunos enseres, aunque lo que más lamentaran fuera la pérdida de libros y discos, de papeles y fotografías.

Hay una fotografía desleída donde se ve a Sara tapándose el rostro hasta la nariz con las sábanas de su cama, y los ojos parecen decir: “si quieres, vamos a la deriva”.

Al día siguiente del episodio del cenicero, desaparecieron unos calcetines de lana y un par de zapatos de punta fina negros con remaches.

Esa misma semana, echó en falta algunas cosas insignificantes, un viejo anillo plateado, un cuadrito de Londres, libros de filosofía, un sombrero que comprara en Lisboa.

El joven Arsenio Levín, estudiante de física, vivía en un pequeño apartamento que perteneciera a la familia de su madre, en un barrio cercano al puerto.

No habían pasado aún seis meses desde que se instalara, y recordaba el primer día que subió las escaleras del edificio de cuatro plantas sin ascensor, y saludara a sus vecinos de arriba, una familia gitana a la que le gustaba cantar flamenco por las tardes, y a su vecino de abajo, un anciano solitario que había sido proyccionista en el desaparecido cine “Trípoli”.

A veces se cruzaba con él en el ultramarinos, con la compra a rastras, o bien en la escalera, y se saludaban y hablaban del tiempo, pero cierto día al llegar al descansillo de su planta, el hombre, en batín y zapatillas, le preguntó si le gustaría ver una vieja película. Su casa era como un museo, lleno de viejas cintas de rollo de película y un gran proyector, y decenas de fotos suyas y de su mujer, que había fallecido años antes. Hablaba con igual entusiasmo y nostalgia de su mujer y de sus días de trabajo en el cine, horas encerrado en la cabina del proyccionista cambiando los rollos, proyectando películas que hoy la gente y sobre todo los medios se ocupaban de olvidar.

Aquel día vieron “L’Avventura” y la visión le resultó turbadora aunque no supiera explicar por qué. Tendría que haber sentido alivio cuando días más tarde el viejo proyectó un breve film de Buster Keaton, “Steamboat Bill Jr.” Y sin embargo las cosas volaban...

No conocía mucha gente en la ciudad, salvo algunos compañeros de la universidad, y aún no podía decir que tuviera amigos íntimos con los que compartir cierta clase de confidencias.

Comentó con dos de ellos el asunto de las extrañas desapariciones en su casa, pero sólo consiguió fama de despistado.

Sin embargo, su viejo vecino, al que un día comentó que le habían desaparecido dos bombillas, comentó en voz baja: “La luz aparece y desaparece todos los días, es el vestido de la oscuridad”. Esperó que dijera algo más, que concretara su comentario, pero no añadió nada más, y él se quedó pensativo toda la noche.

Empezó a tomar nota en una pequeña libreta de todos los objetos que iba echando en falta.

Pero una mañana la libreta había desaparecido también.

Con todo, perseveró en su empeño de llevar una relación de objetos extraviados, aunque fuera en la propia universidad. Incluso dio cuenta de algunos de ellos en la Oficina de Objetos Perdidos. Le miraron con cierta incredulidad.

Llegaron los días en que desaparecieron también los lápices y los bolígrafos. Incluso una vieja estilográfica de su padre.

No importaba que los volviera a reemplazar. Se esfumaban de nuevo.

Se compró una pequeña cámara fotográfica y retrataba todos los días las habitaciones de su piso, a modo de inventario.

Como ya temía, la cámara pasó a formar parte de la lista de ausencias.

Un día de noviembre, el joven Levín se levantó de la cama para vestirse y se dio cuenta que no tenía ropa que ponerse. Nada. Era embarazoso, pero rebuscó en los armarios, completamente desnudo, y no encontró ni una sola prenda que ponerse.

Telefonó a un amigo de la universidad para que le proporcionara ropa de urgencia. Era una forma de salir del paso, aunque sintiera una incontrolable aflicción por el hecho de que su amigo le viera en tales condiciones. Su amigo no daba crédito a lo que le contó, y le recomendó –cómo no- que visitara a un especialista de la mente, en fin, a un psicólogo. Como siempre nos vemos en la necesidad de ofrecer más de una explicación en tales situaciones, le dijo también, con lo que él pensaba era buena intención y delicadeza, que quizá era sonámbulo y se deshacía de todas aquellas cosas por la noche, sin ser consciente de ello.

¿Qué iba a responder? Cuando nos vemos envueltos en una situación angustiosa que raya en la sinrazón, la gente tiende a darnos más opiniones de las que quizá sean capaces de generar y más de las que uno es capaz de soportar.

Él no era sonámbulo, qué tontería, y sabía que algunas cosas desaparecían en efecto de un día a otro, pero no siempre cuando él dormía, sino en momentos de ausencia física. Visitó a una especialista pero no encontró alivio en la consulta. En este caso, relatar su experiencia relativa a las desapariciones le resultaba fútil, y no le seducía lo más mínimo sincerarse con un extraño que le conminara a escribir sobre cómo se sentía o a hablar sobre su padre o su madre.

La vida que te rodea, ajena a tus cuitas, se torna más convencional en sus reacciones cuanto más extrañas son las circunstancias que te las provocan.

Había decidido, sin embargo, seguir llevando el recuento de las cosas que notaba a faltar. Desaparecían con tanta rapidez...

Se dio cuenta de algo que para él fue determinante: desaparecían las cosas precisamente cuando más las necesitaba o más pensaba en ellas.

De esta forma desapareció el teléfono. Las cartas. La radio y los alimentos más básicos. La propia nevera...

Todos los días se compraba una manta nueva y la ropa necesaria para vestirse dignamente y abrigarse. El invierno era largo...

Sabía, con todo, que si seguía con ese comportamiento terminaría arruinado, sin poder asistir a las clases, y debiendo dinero a todo el mundo. Su cuenta bancaria comenzaba a reducirse de forma alarmante. Bien, es curioso que desapareciera el dinero que él mismo usaba para reemplazar las cosas que desaparecían, y por el contrario la sucursal de su cuenta bancaria siguiera en su sitio todos los días.

Compraba sólo lo imprescindible, y con el tiempo, parecía estar acostumbrándose, qué raro, a vivir de esa manera.

Pocas cosas habían, en verdad, que fueran imprescindibles.

Meditó sobre ello.

Unos ojos negros, muy hermosos. Piel pálida y sonrisa fugitiva.

Había salido con María dos o tres veces, al principio del invierno, luego los encuentros aumentaron aunque no siempre los premeditaran. Sin embargo, no se decidía nunca a llevarla a casa. Quizá porque desconocía si sus emociones, sus deseos, podían desvanecerse con la misma facilidad que los objetos, si podían ser un día cualquiera una pompa de jabón en el vacío de su memoria.

María pensaba que él le ocultaba algo, y él no se atrevía a intentar convencerla de que, muy al contrario, ¡cada vez tenía menos cosas que esconder! María era muy discreta, y poco dada a coser a preguntas, lo cual era una virtud que él apreciaba, aunque deseara en ocasiones poder encontrarse entre su espada y la pared. Ella prefería los encuentros fugaces, las risas en medio de los cines y de los callejones traseros de los pubs, donde creaban su propio universo privado y su propio lenguaje hilarante lejos de las luces de la universidad.

Una noche, en casa de su vecino, el viejo proyccionista, éste le miró y le dijo: “Cada vez queda menos tiempo. Vivir la propia vida es como estirar de un hilo suelto. Sé que estás preocupado, aunque no sepa por qué (ni quiero saberlo), pero simplemente hasta el misterio es breve, excepto en las películas”. Esa noche habían estado viendo ‘Vivre Sa Vie’

A finales de enero se percató de que había desaparecido el color verde, y el tabique que separaba el dormitorio de la cocina. Para lo que cocinaba y dormía... También algunos nombres y teléfonos de su nueva agenda. El de ella, María; el de su madre...

El joven Levín se sentaba por las noches en el suelo de la cocina aguardando el momento de verse sorprendido por otra desaparición repentina, quizá otro color, el rojo o el negro (¡esos ojos!), quizá un olor determinado, o el techo mismo de la casa. Luego trepaba de la cocina a la cama repitiendo María o Madre o quizá sólo Ana Karina, que tuvo un final y luego un principio, y así eternamente.

Como no tenía espejos, pasaba las manos por su cuerpo, imaginando lo que sería su vida sin aquella sensación, sin nada que tocar y nada que mirar, nada que echar de menos.

Por supuesto, parecía tan sencillo, salir y cerrar la puerta (si la había). Dejar esa habitación, esa casa... Olvidarlo todo.

El invierno era tan frío aquel año. Vio como una vieja fotografía se le introducía por debajo de la puerta. Se sentía muy débil aquella noche, apenas si hizo un lento ademán de arrastrarse hacia la entrada, pero ¿qué podría significar aquello, una vieja fotografía de un niño y su padre? Parecía un fotograma de una vieja película, aunque ese niño sabía bien quién era.

Pero él se quedaba allí sentado, completamente exhausto, esperando no sabía con certeza qué, si el regreso gozoso de todo, o tal vez la última y definitiva desaparición. Un latido sí, un latido no. Su corazón parecía bombear sólo en determinados momentos de una rueda de compases, como si hiciera espacio para lo que pudiera sentir o echar en falta por última vez.